

EL SECRETO DE MARIA

por S.LUIS MARIA GRIGNION DE MONFORT

1) EL SECRETO DE MARIA.....	1
2) ¿QUÉ ES LA ESCLAVITUD MARIANA?	1
3) S. LUIS MARÍA GRIGNION DE MONFORT Y SU DOCTRINA.....	4
4) EL GRAN SECRETO PARA LLEGAR A SER SANTO	5
5) NECESIDAD DE SANTIFICARSE POR MEDIO DE MARIA.....	5
6) ¿POR QUÉ MARÍA NOS ES NECESARIA?	5
7) MARIA ES CAMINO, NUNCA OBSTÁCULO.....	6
8) MARIA MOLDE DE SANTOS	7
9) NO HAY MEJOR ESCLAVITUD QUE LA FILIACIÓN	7
10) NUESTRA DEPENDENCIA DE MARÍA	8
11) ¿EN QUÉ CONSISTE LA CONSAGRACIÓN A JESÚS POR MARÍA?.....	9
12) FRUTOS DE LA PRÁCTICA DE LA SANTA ESCLAVITUD DE AMOR	10
13) LA CONSAGRACIÓN A JESÚS POR MARÍA.....	11
ORACIÓN DE AMOR A MARIA	11
14) EL CULTIVO DEL ÁRBOL DE LA VIDA.....	11
15) CONSAGRACIÓN DE SÍ MISMO A JESUCRISTO, LA SABIDURÍA ENCARNADA, POR MEDIO DE MARIA	12

1) EL SECRETO DE MARIA

Tal vez la mentalidad moderna desprecia el nombre de esclavitud mariana. ¿A quién puede atraer la esclavitud en la era de la libertad? No queremos jugar con las palabras, ni hacer cuestión de gramática cuando se trata de algo esencial y gravísima trascendencia en la vida espiritual del Cristianismo. A quien no guste el apelativo de esclavitud, que lo deje. No discutiremos por un nombre o una palabrita.

Cuando durante varios siglos se ha hablado en la ascética de esclavitud mariana no se ha querido significar otra cosa que la imitación que el cristiano hace de su dulce Madre la Virgen María. En este sentido, el mejor Hijo de María, es el que se hace su “esclavo”. Fue ella, precisamente ella, la que consagró esta palabra al terminar su coloquio con el Ángel Gabriel: « ¡He ahí la esclava del Señor! Hágase en mí según tu palabra». Todos conocemos el diálogo Gabriel-María. Dios envía a su Ministro para proponer a la virgen de Nazareth, desposada con José, el plan divino: «Dios está contigo, y ha pensado en ti para hacerte Madre del Redentor. ¿Aceptas?» María, no pone reparos, sino que hace alguna pregunta: « ¿He de renunciar a mi propósito de virginidad? ¿Qué he de hacer?» La respuesta de Gabriel, de Dios, es alentadora para María: «Todo podrá realizarse sin que pierdas la virginidad». Y el Ángel espera la respuesta de la Virgen. ¿Qué contesta María? No duda. ¿Puede ella pretender algo por cuenta propia, cuando se trata de dar una respuesta a Dios? Ni se le ocurre. ¿Qué reflexión puede hacer a Dios, que Dios no haya previsto? La única pregunta que tenía que hacer, prudentemente, ya la ha hecho.

No se trataba de poner dificultades, sino de buscar soluciones para cumplir la voluntad divina. Ahora no le queda más que ponerse en las manos de Dios. El es quien tiene la palabra y las obras. A María solamente le corresponde dejar hacer. Así lo había hecho también, siglos antes, aquel siervo de Dios: «Habla, Señor, que tu siervo te escucha». María sería más concisa y clara: «No soy más que una esclava. Haz de mí lo que quieras». Profundicemos un poco en estas palabras de la Virgen y comprenderemos lo que es la Esclavitud Mariana (así con mayúsculas).

2) ¿QUÉ ES LA ESCLAVITUD MARIANA?

“El culmen de nuestra perfección consiste en hacernos conformes a Jesucristo, unidos consagrados a él. Por consiguiente, la mejor devoción es sin duda la que de un modo perfecto nos hace conformes a Jesucristo y nos une y consagra a él. Si tenemos en cuenta que María es, entre todas las criaturas, la más plenamente conforme a su Hijo, está claro que, entre todas las devociones, la que mejor consagra y hace conforme el alma a nuestro Señor es la devoción a la Santísima Virgen, y cuanto más un alma esté consagrada a María, tanto más lo estará a Jesucristo. Por tanto, la consagración perfecta a Jesucristo no es otra cosa que la total y plena consagración de sí mismo a la Santísima Virgen; ésta es la devoción que yo enseño. Esta forma de devoción puede llamarse con toda razón la perfecta renovación de los votos o promesas del santo bautismo, ya que en ella el creyente se entrega todo a él a la Santísima Virgen, de manera que, por medio de María, pertenece totalmente a Cristo. De ello resulta que uno se consagra simultáneamente a la Santísima Virgen y a Jesucristo; a la Santísima Virgen, ya que ella es el camino más adecuado que el mismo Jesús escogió para empezar su unión con nosotros y la nuestra con él; a Jesús, el Señor, ya que él es nuestro fin último, a quien debemos todo lo que somos, puesto que es nuestro Redentor y nuestro Dios. Además, hay que considerar que toda persona, cuando recibe el bautismo, por su propia boca o por la de sus padrinos, renuncia solemnemente a Satanás y a sus tentaciones y obras, y escoge a Jesucristo como a su maestro y supremo Señor, sometiéndose a él como siervo, por amor. Esto mismo se realiza efectivamente en esta devoción: el cristiano renuncia al demonio, al mundo, al pecado y a sí mismo, y se entrega todo él a Jesucristo por manos de María. En el bautismo, uno, al menos explícitamente, no se entrega a Jesucristo por manos de María, ni entrega al Señor el mérito de sus buenas obras.

También después del bautismo el cristiano es totalmente libre de aplicar este mérito a los demás o de retenerlo para sí. Pero en esta devoción el creyente se entrega a nuestro Señor explícitamente por manos de María y le consagra totalmente el valor de sus propias obras."

Hasta aquí S.Luis M^ª en su obra Tratado de la verdadera devoción".

Hallamos una expresión muy reveladora en el Salmo 122: «Como los ojos de la esclava están mirando a la mano de su dueña, así nuestros ojos miran hacia el Señor nuestro Dios, hasta que él tenga piedad».

¡Cuántas veces habría María recitado este Salmo, verdadera plegaria al Señor! Y aquí se nos describe qué es una esclava. Es aquella mujer que está entregada totalmente a su dueña de tal suerte que no necesita que le diga ni una sola palabra. Basta que con la mano le haga una señal; sus ojos están pendientes de ella; está mirando atentamente a las manos de su dueña; un movimiento, un signo... y la esclavita dócil, sumisa, entregada... se lanza a ejecutar. No discute, no habla, no replica. Obedece. Es evidente que si alguna explicación es necesaria la hará; pero la voluntad de la esclava está puesta en la de su dueña o señora.

El hombre moderno replicará: «Esto no es de hombres, es de irracionales. El hombre ha de obrar responsablemente, conscientemente. No puede lanzarse a ciegas». Es cierto esto cuando se trata del hombre adulto. El niño pequeño ha de aprender a conocer las cosas, y por esto ha de obrar ciegamente haciendo lo que sus padres le van enseñando. Luego ya procederá con responsabilidad. Y cuando el hijo es mayor, reflexiona sobre las cosas que su padre experimentado -por ejemplo en el manejo de la empresa o negocio- le encomienda. Solamente cuando la experiencia o los estudios le enseñan que su padre no conoce todos los resortes más modernos, etc., se atreverá a hacerle observaciones y a discutirle sus métodos y aun sus órdenes.

Pero es evidente que esto no se puede hacer con Dios. Los hombres, por eminentes que sean y experimentados que estén, siempre pueden errar. La edad no tiene la exclusiva del éxito. De aquí que siempre se podrán razonablemente discutir los pareceres prácticos humanos. Pero este error, este desacierto, esta visión algo miope, no puede tener lugar en Dios. Esta es la causa por la que sin el más mínimo menoscabo de la dignidad y personalidad humana podemos colocarnos delante de Dios con la misma postura de la esclava o del esclavo delante de sus dueños. Esta postura es la de la Virgen María. ¿Se atrevería ella a dudar de Dios? ¿Podría ella pensar que Dios le llevaría por un camino menos acertado o para ella imposible? No, jamás.

Hemos subrayado el podemos. Pero es que debemos colocarnos delante de Dios con la postura del esclavo. No tenemos derecho a dudar de Dios. Ni quiere ni puede engañarnos o equivocarse en el camino que nos conduzca a la seguridad espiritual. Hacerse esclavo de Dios es asegurarse la vida eterna. Ya aparece claro lo que es la esclavitud mariana. Si es racionalísimo y muy conforme con la personalidad humana el someter nuestro juicio al de Dios y ponernos incondicionalmente en sus manos, porque de El no podemos temer nada, sino totalmente

esperarlo todo, y todo lo que más nos sirva para nuestro bien; no será menos provechoso para nuestra vida espiritual hacernos plenamente Esclavos de María.

3) S. LUIS MARÍA GRIGNION DE MONFORT Y SU DOCTRINA

San Luis M^a Grignon de Montfort nació en Montfort-le-Cane (Francia) en 1673, se educó en el Colegio de la Compañía de Jesús de Rennes, donde perteneció a la Congregación Mariana, y completó sus estudios en el Seminario de San Sulpicio de París; se ordenó de Sacerdote en 1700.

Capellán de un hospital de Poitiers y misionero popular en varias diócesis de Francia, nos dejó un recuerdo de cada una de estas fases de su vida en dos congregaciones religiosas por él fundadas: una de Hijas de la Sabiduría (con fines análogos a los de las Hermanas de la Caridad) y otra de Misioneros, que tituló la Compañía de María. Estos Padres de la Compañía de María juntamente con algunos Hermanos encargados por el mismo Santo de las Escuelas de Caridad y de los trabajos manuales, formaban la comunidad del Espíritu Santo; la cual más adelante se dividió en dos congregaciones, separándose los Hermanos dedicados a la enseñanza, que tomaron desde entonces el nombre de Hermanos de la Instrucción Cristiana de San Gabriel, aprobados con este nombre por Pío X en 1910.

Fue nuestro Santo gran orador, que con sólo subir al púlpito y mirar al crucifijo, sin decir palabra hacía prorrumpir en lágrimas al auditorio; poeta y músico popular, completaba con sus cantares el efecto de sus sermones. Predicando la devoción del Rosario, como buen Terciario Dominicano, promoviendo peregrinaciones y restaurando los templos de la Virgen, ruinosos o abandonados, excitó contra sí mucha oposición sobre todo por parte de los jansenistas a cuyos progresos le opuso como fuerte dique la Divina Providencia.

Por eso fue su vida continua serie de contradicciones y fracasos. Multitud de veces, engañados los obispos por las calumnias de los jansenistas, le retiraron las licencias de predicar y aun de decir misa y le obligaron a suspender violentamente sus misiones, haciendo brillar su humildad y su obediencia. Muchos, aun de sus amigos, le tuvieron por loco o por extravagante; su patria le cerró las puertas; su rey le creyó conspirador. Durante diez años no logró reunir más de dos personas que tomaron el hábito de las Hijas de la Sabiduría. A su muerte contaba con algunas más; por otra parte, la congregación de misioneros sólo contaba con dos Padres cuando subió al cielo su fundador.

Y en tan azarosa vida se mantuvo siempre San Luis lleno de paz inalterable y de magnanimidad sublime, anhelando siempre más cruces, repitiendo con su genial gracejo que «él era un gallo que nunca cantaba más fuerte que cuando le pelaban». Y, en efecto, en medio de tantos reveses, los pueblos se convertían en sus misiones y las almas que dirigía se elevaban pronto a la santidad.

El secreto de sus grandes virtudes y de la fecundidad de sus ministerios, nos lo dejó en varios libros. Aquí extractamos el "El secreto de María". La devoción a la Virgen practicada como aquí nos enseña, fue el seguro y fácil camino que le condujo a tan alta perfección. Murió en 1716 (¡corta vida para tan grandes empresas!) y fue beatificado por León XIII. El 20 de julio de 1947, Pío XII elevó a San Luis María al honor de los altares, y con esta ocasión recomendó encarecidamente su Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen, cuya doctrina, en su parte principal está comprendida en estas líneas.

El apostolado del Santo Grignon de Montfort no se acabó con su vida. Si se apagó la voz de trueno, resuena aún en sus escritos el silbo suave de la Divina Pastora que guía a sus ovejas queridas a la cumbre de la perfección. Y parece que, desde hace algunos años, el Señor se complace en que goce su siervo en el cielo, viendo cómo fructifica la semilla, por tanto tiempo oculta, que había dejado en la tierra. Porque como el mismo San Luis había profetizado, sus escritos, que nunca vieron la luz pública en su vida, durmieron más de un siglo en el rincón de una biblioteca, hasta que en 1884 se descubrieron y comenzaron luego a producir ediciones y frutos.

Juan Pablo II ha recomendado en varias ocasiones la devoción a María al estilo de Monfort del que se considera seguidor y discípulo.

4) EL GRAN SECRETO PARA LLEGAR A SER SANTO

Aquí tienes, un secreto que me ha enseñado el Altísimo, y que en ningún libro antiguo ni moderno he podido encontrar. Voy a confiártelo con la gracia del Espíritu Santo para que te valgas de él para hacerte santo/a y espiritual; porque la importancia de este secreto se mide por el uso que de él se hace.

A medida que lo vayas poniendo en práctica en las acciones ordinarias de la vida, comprenderás su precio y excelencia; que, al principio, por la multitud y gravedad de los pecados y aficiones secretas que te atan, sólo imperfectamente lo conocerás.

No descuides la oración para pedir a Dios que te ilumine a entender este misterio. Si muchos no están iniciados en el secreto de esta devoción, es porque olvidan que para penetrar en el huerto cerrado de María se necesita implorar con instancia el favor del Espíritu Santo, «que lo penetra todo, hasta las profundidades de Dios»

5) NECESIDAD DE SANTIFICARSE POR MEDIO DE MARIA

Lo que de ti quiere Dios es que llegues a ser santo/a: tu vocación cierta es adquirir la santidad divina; y todos tus pensamientos, palabras y obras, tus sufrimientos, los movimientos todos de tu vida a eso se deben dirigir; no resistas a Dios, dejando de hacer aquello para que te ha criado y hasta ahora te conserva. ¡Qué obra tan admirable! El polvo trocado en luz, la negrura en pureza, el pecado en santidad, la criatura en su Criador, y el hombre en Dios. Obra admirable, repito, pero difícil en sí misma, y a la naturaleza por sí sola imposible. Nadie si no Dios con su gracia y gracia abundante y extraordinaria puede llevarla a cabo; la creación de todo el universo no es obra tan grande como ésta.

¿Qué medios vas a escoger para levantarte a la perfección a que Dios te llama? Los medios de salvación y santificación son de todos conocidos; señalados están en el Evangelio, explicados por los maestros de la vida espiritual, practicados por los santos. Todo el que quiera salvarse y llegar a ser perfecto necesita humildad de corazón, oración continua, mortificación universal, abandono en la Divina Providencia y conformidad con la voluntad de Dios.

Para poner en práctica todos estos medios de salvación y santificación, nadie duda que la gracia de Dios es absolutamente necesaria y que, más o menos, a todos se da... Más o menos digo, porque Dios, a pesar de ser infinitamente bueno, no da a todos el mismo grado de gracia, aunque da a cada uno la suficiente. El alma fiel con mucha gracia hace grandes cosas, y con poca gracia pequeñas. Lo que avalora y hace subir de quilates nuestras acciones es la gracia dada por Dios y seguida por el alma. Estos principios son incontestables.

Todo se reduce, pues, a hallar un medio fácil con que consigamos de Dios la gracia necesaria para ser santos, y éste es el que te voy a enseñar. Digo, pues, que para hallar esta gracia de Dios hay que hallar a María.

6) ¿POR QUÉ MARÍA NOS ES NECESARIA?

Sólo María es la que ha hallado gracia delante de Dios, ya para sí, ya para todos y cada uno de los hombres en particular. Ella es la que al Autor de toda gracia dio el ser y la vida, y por eso se la llama Mater gratia, Madre de Dios.

Dios Padre, de quien todo don perfecto y toda gracia desciende, como fuente esencial dándole al Hijo, le dio todas las gracias; de suerte, que, como dice San Bernardo, se le ha dado en él y con él la voluntad de Dios. El Espíritu Santo, que se desposó con María, y en Ella, por Ella y de Ella, produjo su obra maestra, el Verbo encarnado Jesucristo, como jamás la ha repudiado, continúa produciendo todos los días en Ella y por Ella a los predestinados, por verdadero aunque misterioso modo.

María ha recibido de Dios particular dominio sobre las almas, para alimentarlas y hacerlas crecer en El. Aun llega a decir San Agustín que en este mundo los predestinados todos están encerrados en el seno de María, y que no salen a la luz hasta que esta buena Madre les conduce a la vida eterna. Por consiguiente, así como el niño saca todo su alimento de la madre, que se lo

da proporcionado a su debilidad, así los predestinados sacan todo su alimento espiritual y toda su fuerza de María porque tan realmente es nuestra Madre por la gracia, como Madre de Cristo por la carne. Esta maternidad espiritual de María, consecuencia de su maternidad divina, es una de las verdades en que se funda la devoción del Santo Grignon de Montfort.

María es la tesorera de todas las gracias de Jesús. Dios la ha escogido por tesorera, administradora y dispensadora de todas las gracias, de suerte que todas las gracias y dones pasan por sus manos y conforme al poder que ha recibido (según San Bernardino) reparte Ella a quien quiere, como quiere, cuando quiere y cuanto quiere, las gracias del Eterno Padre, las virtudes de Jesucristo y los dones del Espíritu Santo.

Nótese bien que, siendo María tesorera de todas las gracias, dependemos por consecuencia de Ella para todo socorro que nos venga de lo alto: es decir, para la gracia santificante en todos sus grados, para la concesión de todos los dones del Espíritu Santo y aun para todos los favores temporales ordenados a nuestro último fin. Esta verdad pide de nuestra parte perfecta correspondencia a la acción de María y por lo mismo disposición para depender activa y pasivamente de Ella, que es precisamente el objeto de la Verdadera Devoción, o Santa Esclavitud de Amor.

Así como en el orden de la naturaleza es necesario que tenga el niño padre y madre, así en el orden de la gracia es necesario que el verdadero hijo de la Iglesia tenga por Padre a Dios y a María por Madre. Puesto que María ha formado la cabeza de los predestinados, Jesucristo, tócale a ella el formar los miembros de esa cabeza, los cristianos: que no forman las madres cabezas sin miembros, ni miembros sin cabeza. Quien quiera, pues, ser miembro de Jesucristo, lleno de gracia y de verdad, debe formarse en María, mediante la gracia de Jesucristo, que en ella plenamente reside, para de lleno comunicarse a los verdaderos miembros de Jesucristo y a los verdaderos santos.

7) MARIA ES CAMINO, NUNCA OBSTÁCULO

Es falacia muy común, el creer que servir a María es obstáculo. Esto viene de falta de reflexión. Nos figuramos a María como un objeto material interpuesto, que impide nuestro acceso a Nuestro Señor. Nos olvidamos que María es la introductora única escogida por el mismo Dios para unir las almas a Jesús.

Incontestablemente lo prueba el Evangelio, por el oficio de María en la Encarnación, en la Visitación, en la Natividad, cuando lleva a Jesús al Precursor, le presenta a los pastores y magos, le pone en manos de Simeón y lo mismo en el Calvario. Jamás la presencia y la intercesión de María estorban el impulso espontáneo del alma hacia el Divino Maestro. Muy al contrario. María es quien provoca el movimiento afectuoso de nuestra alma, lo sostiene y conduce a la perfección. Sin ella estamos solos y somos indignos. Con ella y por ella nos vemos llevados a Dios.

«No más, queridos hermanos en el sacerdocio (escribe el Cardenal Mercier), no más, a-mas fieles, os dejéis llevar de la idea de que es más sencillo e igualmente seguro para vosotros ir a Dios por Jesús sin recurrir a María. Hay que respetar el plan divino».

María, lejos de ser obstáculo, lanza a las almas en Dios y las une a El. Nadie, pues, se imagine, que María, por ser criatura, es impedimento para la unión con el Creador. No es ya María quien vive, es Jesucristo sólo, es Dios solo quien vive en ella.

La transformación de María en Dios excede a la de San Pablo y otros santos más que el cielo se levanta sobre la tierra. Sólo para Dios nació María, y tan lejos está de ¡retener! consigo a las almas que, por el contrario, hace que remonten hasta Dios su vuelo, y tanto más perfectamente las une con él, cuanto con ella están más unidas.

María es eco admirable de Dios, que cuando se grita: María, no responde más que: Dios; y cuando con Santa Isabel se la saluda bienaventurada, no hace más que engrandecer a Dios. Nótese que este método de formación espiritual es prácticamente el de la educación materna. Tenemos la debilidad y las necesidades de los infantes, y María tiene el amor infatigable de una madre que a todos provee y todo lo facilita. No tenemos más que descuidar de nosotros y estar en todo bajo la dependencia de nuestra Madre.

8) MARIA MOLDE DE SANTOS

María es el molde viviente de Dios y de los Santos. Quiero decir que en ella sola se formó Dios hombre, al natural, sin que rasgo alguno de divinidad le faltara; y en ella sola también puede formarse el hombre en Dios, al natural, en cuanto es capaz de ello la naturaleza humana, con la gracia de Jesucristo.

De dos maneras puede un escultor sacar al natural una estatua o retrato: primera, con fuerza y saber y buenos instrumentos puede labrar la figura en materia dura e informe; y segunda, puede vaciarla en un molde. Largo, difícil, expuesto a muchos tropiezos es el primer modo; un golpe mal dado, de cincel o de martillo, basta, a veces, para echarlo a perder todo. Pronto, fácil y suave es el segundo, casi sin trabajo y sin gastos, con tal que el molde sea perfecto y que represente al natural la figura; con tal que la materia de que nos servimos sea manejable y de ningún modo resista a la mano del artista.

El gran molde de Dios, hecho por el Espíritu Santo, para formar al natural un Dios-hombre, por la unión hipostática, y para formar un hombre-Dios por la gracia, es María. Ni un solo rasgo de divinidad falta en este molde; cualquiera que se meta en él y se deje manejar, recibe allí todos los rasgos de Jesucristo, verdadero Dios; y esto de manera suave y proporcionada a la debilidad humana, sin grandes trabajos ni agonías; de manera segura y sin miedo de ilusiones. Nada le falta a María: es molde perfecto y divino presto siempre a recibir a las almas, para transformarlas en Jesucristo.

De nuestra parte sí que falta con mucha frecuencia una disposición que es indispensable; no estamos bastante flexibles, bastante manejables para la acción de María. A la verdad no nos damos sino muy poco, muy parcialmente y con la mucha actividad natural, y por eso Jesús está todavía poco formado en nuestras almas.

Entremos con sencillez, pero entremos francamente y sin reserva en María y llegaremos pronto a ser santos. ¡Cuánto va del alma formada en Jesucristo, por los medios ordinarios de la que, como los escultores, se fía de su pericia, y se apoya en su industria, al alma bien tratable, bien desligada, bien fundida, que sin estibar en sí, se mete dentro de María y se deja manejar allí por la acción del Espíritu Santo! ¡Cuántas tachas, cuántos defectos, cuántas tinieblas, cuántas ilusiones, cuánto de natural y humano hay en la primera! Y la segunda, ¡cuán pura es y divina y semejante a Jesucristo!

No hay ni habrá jamás criatura en que Dios muestre tanto sus perfecciones internas y externas como en María. María es el paraíso de Dios y su mundo inefable, donde el Hijo de Dios entró para hacer maravillas, para guardarle y tener en él sus complacencias. Un mundo ha hecho para el hombre peregrino, que es la tierra que habitamos; otro mundo para el hombre bienaventurado, que es el paraíso; mas para sí mismo, ha hecho otro mundo y lo ha llamado María; mundo desconocido a casi todos los mortales de la tierra, e incomprensible a los ángeles y bienaventurados todos del cielo, que, admirados de ver a Dios tan elevado de todos ellos, tan alejado y oculto en ese mundo de María, claman sin cesar: «Santo, Santo, Santo».

Feliz y mil veces feliz es en la tierra el alma a quien el Espíritu Santo revela el secreto de María para que lo conozca, a quien abre este huerto cerrado, para que en él entre, y esta fuente sellada para que de ella saque el agua viva de la gracia y beba en larga vena de su corriente. Esta alma no hallará sino a Dios solo, sin las criaturas, en esta amabilísima criatura; pero a Dios, al par que infinitamente santo y sublime, infinitamente condescendiente y al alcance de nuestra debilidad.

Puesto que en todas partes está Dios, en todas, hasta en los infiernos, se le puede hallar: pero no hay sitio en que la criatura encontrarle pueda tan cerca y tan al alcance de su debilidad como en María, pues para eso bajó a ella. En todas partes es el pan de los fuertes y de los ángeles, pero en María es el pan de los niños.

9) NO HAY MEJOR ESCLAVITUD QUE LA FILIACIÓN

Un niño se entrega totalmente a su madre; y ésta puede equivocarse. Pero no así la Virgen María. Por más que la miremos como Señora nuestra, Reina nuestra..., nunca dejará de ser Madre nuestra. Y la esclavitud de amor para con la Madre, ¿qué es sino filiación suprema? Dios ha

querido que Ella compartiese con el mismo Hijo de Dios, con el mismo Dios, la tarea de nuestra vida espiritual.

El Concilio Vaticano II nos recuerda -y hace suyas- aquellas profundas palabras de San Agustín: «Ella es plenamente Madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su caridad a que naciesen en la Iglesia los fieles que son miembros de aquella Cabeza» (Conc. Vat. II, Lumen Gentium, n. 53). Y: «La Sagrada Escritura del Antiguo y del Nuevo Testamento y la venerable Tradición, muestran en forma cada vez más clara los oficios de la Madre del Salvador en la economía de la salvación y, por así decirlo, lo muestran ante los ojos» (n. 55). «Con razón, pues, los Santos Padres estiman a María, no como un mero instrumento pasivo, sino como una cooperadora a la salvación humana». Y todavía continúa el Concilio ensalzando la acción de María en la santificación de los hombres, recordándonos que «fue asunta al cielo y enaltecida por el Señor como Reina del Universo, para que se asemejara más plenamente a su Hijo, Señor de los que dominan y vencedor del pecado y de la muerte».

¿No nos dice aquí el Concilio que María es Señora de los que dominan y vencedora del pecado y de la muerte? Y los Padres del Vaticano II todavía quisieron insistir en el influjo salvífico de María en unión con Cristo, al advertirnos que, si bien Cristo es el Mediador entre Dios y los hombres, «sin embargo la misión maternal de María hacia los hombres de ninguna manera oscurece ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia. Porque todo el influjo salvífico de la bienaventurada Virgen en favor de los hombres, no es exigido por ninguna ley, sino que nace del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación, de ella depende totalmente y de la misma saca toda su virtud; y lejos de impedirlo, fomenta la unión inmediata de los creyentes con Cristo».

Y finalmente: «La bienaventurada Virgen, predestinada desde toda la eternidad, cual Madre de Dios junto con la Encarnación del Verbo por designio de la Divina Providencia, fue en esta tierra la excelsa Madre del Divino Redentor, compañera generosa, de un modo especial sobre los demás, y humilde esclava del Señor. Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándole en el Templo al Padre, padeciendo con su Hijo mientras El moría en la cruz, cooperó en forma del todo singular a la obra del Salvador, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad, para la restauración de la vida sobrenatural de las almas. Por tal motivo se hizo nuestra Madre en el orden de la gracia»

¿Quieres llegar a ser santo, muy santo? Pues ahí tienes un camino muy sencillo. No has de preocuparse demasiado en discurrir qué has de hacer, qué debes omitir. Mira a María. Hazte su esclavo, es decir, entrégate totalmente en sus manos como el niño descansa plenamente en el regazo de su madre. Tus ojos no se aparten de las manos de María. Observa atentamente sus indicaciones. Y haz lo que te indique. Irás por camino seguro. Llegarás a la santidad».

San Luis M^a de Montfort llama «Secreto de María» a su doctrina porque «es de muy pocas personas conocida y practicada»; «la dificultad está en saber hallar de veras a María; y «lo difícil es entrar en el espíritu de esta devoción», pues «consiste en darse todo entero como esclavo (de amor) a María y a Jesús por Ella; y además en hacer todas las cosas con María, en María, por María y para María».

Muchas almas se acongojan buscando y rebuscando los medios que creen les han de conducir más directamente o con mayor seguridad a Cristo, fuente de vida divina. Y ¿no sabéis que María es la Madre de Cristo, de Dios? ¿No sabéis que María no sabe hacer otra cosa que engendrar Cristos? Dejaos modelar; veréis lo que saldréis. Un mármol duro en manos de Miguel Ángel era capaz de convertirse en una maravilla de arte. ¿Qué no podrá llegar a ser un alma en manos de María, aunque sea la pobrecita muy de barro, muy dura, muy tosca o muy difícil? Entrégate a María. Hazte voluntariamente su esclavito, su esclavita. Dile también tú: «Totus tuus!».(¡Soy todo tuyo(a))

10) NUESTRA DEPENDENCIA DE MARÍA

Trátase aquí de la vida de dependencia que un infántico tiene con respecto a su madre. Imposible practicar la vida de infancia (que tanto quería Santa Teresa del Niño Jesús) sin estar estrechamente unidos con nuestra Madre, dependiendo en todo su influjo. Por no comprender esto fracasan tantas almas en sus santos propósitos de vivir en la infancia espiritual.

Con María todo es fácil y proporcionado a nuestra debilidad; todo conforme a las aspiraciones profundas que nos impelen a Ella, a Jesús, a Dios.

María mora en nuestras almas, no por presencia de ubicuidad, propia de la Divinidad tan sólo, sino por otras tres maneras de estar presente, por visión, por acción y por unión mística. Nos ve

en Dios y por el título único de Madre de Jesús y de nuestras almas, su conocimiento penetra hasta lo más íntimo de nuestro ser; su mirada y su pensamiento están, por lo tanto, en nosotros; aunque nosotros no estemos dispuestos a agotar el manantial de riquezas que este modo de presencia supone para nosotros, ni a comportarnos con la seriedad y la alegría propia del alma que esto comprende y consiente en vivir por completo a la vista de su Soberana y su Madre.

Obra Ella sobre nosotros y en nosotros y también por medio de nosotros. Influye hasta dentro de nosotros por sus oraciones, por sus virtudes, por las gracias que nos transmite, por la educación que nos da, por los consejos y las órdenes con que nos gobierna. María mora en nosotros principalmente porque en el alma que está en gracia se da un estado de amor sobrenatural, que implica presencia de unión mística con Nuestro Señor y con María, en la cual, según los teólogos y maestros de la vida espiritual, el ser que ama está en el amado y recíprocamente.

Si aun en el orden natural el amor, como tal, toca directa e indirectamente a su objeto, independientemente de la distancia física que les separa, ¿qué decir del amor sobrenatural y del todo divino?

11) ¿EN QUÉ CONSISTE LA CONSAGRACIÓN A JESÚS POR MARÍA?

Consiste en darse todo entero, como esclavo filial de amor, a María y a Jesús por Ella; y además en hacer todas las cosas con María, en María, por María y para María.

Esclavo es palabra que suena mal en el siglo XXI, siglo de independencia y siglo también de anarquía. Sin embargo, con la humildad y obediencia de la santa esclavitud es como se aplasta la cabeza de la serpiente del orgullo, causa de tantos pecados. Y ¡además no son tan raros los esclavos en el siglo XXI! ¿No hay esclavos del respeto humano, de un vicio, del dinero, del poder?

Ser Esclavo de María es ser esclavo de la palabra dada en el bautismo y ratificada después; ser esclavo del honor divino de que estamos investidos por la gracia; ser esclavo de la conciencia, voz de Dios y del deber religiosamente aceptado y cumplido. Nos consagramos a Dios por medio de María del modo más perfecto con que puede una criatura consagrarse a su Criador.

La práctica esencial de esta devoción consiste en hacer todas las acciones con María; es decir, tomar a la Virgen Santísima por modelo acabado en todo lo que se ha de hacer. Por eso antes de hacer cualquier cosa hay que desnudarse de sí mismo y de nuestros mejores modos de ver.

Ponernos delante de Dios, como quien de su cosecha es incapaz de todo bien sobrenatural y de toda acción útil para la vida eterna; hay que recurrir a la Virgen Santísima y unirse a sus intenciones, aunque no se conozcan; hay que unirse por María a las intenciones de Jesucristo, es decir, ponerse en manos de la Virgen Santísima como instrumento, para que Ella obre en nosotros, y haga de nosotros lo que bien le parezca, para gloria de su hijo Jesucristo, para gloria del Padre: de suerte que no hay vida interior, ni operación del Espíritu que de ella no dependa.

Hay que hacer todas las cosas en María. "En" indica un descanso y una intimidad en la unión, que llega hasta la unidad. Según la expresión del Luis María, hay que «entrar y morar» dentro de María, en sus intenciones y sentimientos. Por la dependencia que para con ella guardamos, por el influjo de su acción, que nos rodea, viene a ser María como nuestra atmósfera, nuestro mundo, el sitio en que vivimos y respiramos, y si esta disposición del alma es habitual, tenemos en ella nuestra morada. Ella será para el alma oratorio en que dirija a Dios sus plegarias, sin temor de ser desechada. Torre de David para ponerse en seguro contra los enemigos. Lámpara encendida para alumbrar las entrañas del alma y abrasarla en amor divino. Recámara sagrada para ver a Dios en Ella y con Ella.

María, en fin, será únicamente para esta alma su recurso universal y su todo. Si ruega será en María; si recibe a Jesús en la Sagrada Comunión lo entregará a María para que allí tenga El sus complacencias. Si algo hace será en María; y en todas partes y en todo hará actos de desasimiento de sí misma. Hemos de acudir a Nuestro Señor, por medio de María, por su intención y su crédito para con él, de suerte que nunca le hallemos solo cuando vayamos a pedirle.

Obrar por María significa hacerlo todo por sus manos y poner en ellas todo lo que hagamos con más o menos perfección pero con mucho amor.

Finalmente, hay que hacer todas las acciones para María, es decir, que como esclavos que somos de esta augusta Princesa, no trabajemos más que para Ella, para su provecho y gloria, como fin próximo y para gloria de Dios, como fin último. Debemos en todo lo que hacemos

renunciar al amor propio, que casi siempre, aun sin darse cuenta, se toma a sí mismo por fin, y repetir muchas veces en el fondo del corazón: por Vos, mi amada Señora, hago esto o aquello, voy aquí o allá, sufro tal pena o tal contratiempo u ofensa.

No significa que no pueda uno dirigirse directamente a Nuestro Señor para contemplarle, rogarle, etc. pero Monfort observa aquí que al hacer todo por medio María la obra no será nuestra, sino de María en nosotros, y será por consiguiente, purificada y muy digna de Dios.

12) FRUTOS DE LA PRÁCTICA DE LA SANTA ESCLAVITUD DE AMOR

Infinidad de efectos produce en el alma esta devoción fielmente practicada; pero el principal es hacer que de tal modo viva María en un alma de la tierra, que no sea ya más el alma quien vive, sino María en ella; porque, por decirlo así, el alma de María viene a ser su alma. Pues cuando por una gracia inefable, pero verdadera, María es Reina del alma, ¿qué maravillas no hace en ella? Como es Ella la obradora de las grandes maravillas, sobre todo dentro de los corazones, trabaja allá, a escondidas del alma misma: que si se diera cuenta de esas obras echaría a perder su hermosura.

El entregarse así a Jesús por María es imitar a Dios Padre, que no nos ha dado a Jesús sino por María; es imitar a Dios Hijo, que no ha venido a nosotros sino por María, y como nos ha dado ejemplo para que según hizo El hagamos nosotros, nos ha invitado a ir a El por el mismo camino que El ha venido, que es María: es imitar al Espíritu Santo, que no nos comunica sus gracias y dones, sino por María. « ¿No es justo, dice San Bernardo, que vuelva la gracia a su Autor por el mismo canal por donde se nos ha transmitido? »

Ir de este modo a Jesús por María es verdaderamente honrar a Jesucristo, pues es dar a entender que por razón de nuestros pecados, no somos dignos de acercarnos directamente ni por nosotros mismos a su infinita santidad, y que nos hace falta María, su Santísima Madre, para que sea nuestra abogada y mediadora con nuestro mediador que es El. Esto es al mismo tiempo acercarnos a El como medianero y hermano nuestro y humillarnos ante El, como ante nuestro Dios y nuestro juez; es, en una palabra, practicar la humildad, que arrebató siempre el corazón de Dios.

Consagrarse así a Jesús por María es poner en manos de María nuestras buenas acciones, que, aunque parezcan buenas, están muchas veces manchadas y son indignas de que las mire y las acepte Dios, ante quien no son puras las estrellas. Roguemos a esta buena Madre y Señora, que después de recibir nuestro pobre presente, Ella lo purifique, Ella lo santifique, Ella lo suba de punto y lo embellezca de tal suerte, que le haga digno de Dios. Todas las rentas de nuestra pobre alma, para el Padre de familia Dios, son menos de lo que sería para un rey la fruta gusanienta que para pagar su arriendo le presentara un pobre colono de su majestad. ¿Qué haría este pobre hombre si fuera listo y tuviera cabida con la reina? Benévola ella con el pobre campesino y respetuosa con el rey, ¿no quitaría a la fruta lo que tuviera de agusanado y de podrido y la pondría en fuente de oro, rodeada de flores? Y el rey, ¿no la recibiría sin inconveniente y aun con gusto, de manos de la reina, que tanto quiere al campesino? ¿Deseas ofrecer alguna poca cosa?, dice San Bernardo. Por manos de María procura entregarla. ¡Ay, buen Señor! ¡qué poca cosa es todo cuánto hacemos! Pero pongámoslo, con esta devoción, en manos de María.

Una vez que del todo nos hayamos dado a ella, en cuanto darnos podamos, despojándonos en su honor de todo, Ella, infinitamente más generosa, colocará nuestros presentes en la bandeja de oro de su caridad; Ella, como Rebeca a Jacob, nos revestirá de los hermosos vestidos de su primogénito y unigénito Jesucristo, es decir, de sus méritos, que a la disposición de Ella están; y así, como esclavos y domésticos suyos, después de habernos despojado de todo para honrarla, tendremos dobles vestidos; trajes, galas, perfumes, méritos y virtudes de Jesús y de María, en el alma del esclavo de Jesús y de María, desnudo de sí mismo y fiel a su desnudez.

Entregarse así a la Santísima Virgen, es ejercitar en el más alto grado posible la caridad con el prójimo; puesto que es dar a María lo que más apreciamos para que de ello disponga en favor de vivos y difuntos. Esta es la devoción con que se ponen en seguro las gracias, méritos y virtudes, haciendo depositaria de ellos a María y diciéndola: «Toma, querida dueña mía: he aquí lo que con la gracia de tu querido Hijo he hecho de bueno; por mi debilidad e inconstancia, por el gran número y malicia de mis enemigos, que día y noche me acometen, no soy capaz de guardarlo. ¡Ay, que todos los días estamos viendo caer en el lodo los cedros del Líbano, y venir a parar en aves nocturnas las águilas que se levantan hasta el sol! Así mil justos caen a mi izquierda y a mi

diestra diez mil; pero Tú, mi poderosa y más que poderosa Princesa, tenme que no caiga; guarda todos mis bienes, que no me los roben; te confío en depósito todos mis bienes; Bien sé quién eres; por eso me fío por completo de Ti. Tú eres fiel a Dios y a los hombres y no permitirás que perezca nada de cuanto a Ti se confía; eres poderosa y nadie podrá dañarte, ni arrebatarte de entre las manos lo que tienes.

Esta devoción torna el alma verdaderamente libre, con la libertad de los hijos de Dios. Ya que por amor a María se reduce uno a la esclavitud, esta querida Señora le ensancha y dilata en recompensa el corazón, y le hace marchar a pasos de gigante por el camino de los mandamientos de Dios. Ahuyenta el disgusto, la tristeza, el escrúpulo.

Como Ella es dondequiera la Virgen fecunda, en todas las almas en que vive hace brotar la pureza de corazón y de cuerpo, la pureza de intenciones y designios y la fecundidad de buenas obras. No creas, que María, la más fecunda de -las puras criaturas, la que llegó hasta el punto de producir un Dios, permanezca oculta en un alma fiel. Ella sin cesar hará vivir el alma para Jesucristo y hará vivir a Jesucristo en el alma. Si, como lo fue al nacer en el mundo, es Jesucristo fruto de María en cada una de las almas; sin duda que en aquellas donde particularmente Ella habita es singularmente Jesucristo fruto y obra suya. En fin, que para estas almas María viene a serlo todo, después de Jesucristo. Ella esclarece su espíritu con su fe pura. Ella profundiza su corazón con su humildad. Ella con su caridad, le acrecienta y le abrasa. Ella le purifica con su pureza. Ella le ennoblece y ensancha con su maternidad.

13) LA CONSAGRACIÓN A JESÚS POR MARÍA

Hay que escoger un día señalado para entregarse y consagrarse; y esto ha de ser voluntariamente y por amor, sin encogimiento, por entero -y sin reserva alguna; cuerpo y alma, bienes exteriores y fortuna, como casa, familia, rentas; bienes interiores del alma, a saber: sus méritos, gracias, virtudes y satisfacciones. Suele escogerse una fiesta señalada de Nuestra Señora: la Anunciación, La Natividad de Nuestra Señora, La Asunción, La Inmaculada... Se aconseja realizarla después de la comunión de la misa de ese día, durante la acción de gracias.

ACTO BREVE DE CONSAGRACIÓN

Yo N... pecador infiel, renuevo y ratifico hoy en vuestras manos los votos de mi bautismo. Renuncio para siempre a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y me entrego enteramente a Jesucristo, Sabiduría encarnada, para llevar mi cruz tras El, todos los días de mi vida; y a fin de que le sea más fiel de lo que he sido hasta ahora, os escojo hoy, ¡oh, María!, en presencia de toda la corte celestial, por mi Madre y Señora; os entrego y consagro en calidad de esclavo, mi cuerpo y mi alma, mis bienes interiores y exteriores, y aun el valor de mis buenas acciones pasadas, presentes y futuras, otorgándoos entero y pleno derecho de mí y de todo lo que me pertenece, sin excepción, a vuestro agrado, a la mayor gloria de Dios en el tiempo y en la eternidad.

ORACIÓN DE AMOR A MARIA

Dios te salve, María, Hija de Dios Padre; Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo; Dios te salve, María, Esposa del Espíritu Santo; Dios te salve, María, Templo de la Santísima Trinidad; Dios te salve, María, Señora mía, mi tesoro, mi belleza, Reina de mi corazón, Madre, vida, dulzura y esperanza mía queridísima; más aún, mi corazón y mi alma. Soy todo tuyo, Virgen benditísima, y todas mis cosas te pertenecen. Habite en mí tu alma, para engrandecer al Señor; more en mí tu espíritu para regocijarse en Dios.

¡Oh, Virgen fidelísima! ponte como un sello sobre mi corazón, para que en Ti y por Ti permanezca fiel al Señor. Concédeme por tu bondad, la gracia de contarme en el número de los que amas, enseñas, diriges, nutres y proteges como hijos. Haz que, despreciando por tu amor todas las consolaciones terrenas, aspire continuamente a los bienes celestiales, hasta que por medio del Espíritu Santo, tu Esposo fidelísimo, y de Ti, esposa suya fidelísima, sea formado en mí, Jesucristo tu Hijo, para gloria del Padre Celestial. Así sea.

14) EL CULTIVO DEL ÁRBOL DE LA VIDA

Este camino de María es sublime; es la vida de los más perfectos, accesible a los humildes. Pero, ¿cómo prácticamente vivirlo? ¿Qué hacer? ¿Qué conducta observar? A esta cuestión propuesta por muchas almas, responde aquí el Santo comparando la Santa Esclavitud con un árbol plantado por el Espíritu.

Si el Espíritu Santo ha plantado en tu corazón el verdadero Árbol de la Vida que es esta devoción has de poner todo cuidado en cultivarle para que dé fruto a su tiempo. Es esta devoción el grano de mostaza de que habla el Evangelio, que siendo, al parecer, el más pequeño de los granos, llega, sin embargo, a ser muy grande.

He aquí la forma de cultivar este árbol:

1.-Plantado este árbol en un corazón muy fiel, quiere estar expuesto a todos los vientos, sin apoyo alguno humano; este árbol, que es divino, quiere estar siempre sin criatura alguna que le pudiera impedir levantarse a su principio, que es Dios. Así que no ha de apoyarse uno en su industria, o en sus talentos naturales, o en su crédito o en la autoridad de los hombres, hay que recurrir a María y apoyarse en su socorro.

2.-El alma, donde este árbol se ha plantado, ha de estar, como buen jardinero, sin cesar ocupada en guardarle y mirarle. Porque este árbol que es vivo y debe producir frutos de vida, quiere que se le cultive y haga crecer con el continuo mirar o contemplación del alma. Y este es el negocio del alma, que quiere llegar a ser perfecta, pensar en esto continuamente, aun de modo que sea ésta su principal ocupación.

3.- Hay que arrancar y cortar las espinas y cardos, que con el tiempo pudieran ahogar este árbol e impedir que diera fruto... es decir, que hay que ser fiel en cortar y tronchar, con la mortificación y abnegación de sí mismo, todos los placeres inútiles vanas ocupaciones con las criaturas; en otros términos: crucificar la carne, guardar silencio y mortificar los sentidos.

4.- Hay que tener cuidado de que las orugas no le dañen. Estas orugas que comen las hojas verdes y destruyen las hermosas esperanzas de fruto que el árbol daba, son el amor propio y el amor de las comodidades... porque el amor de sí mismo y el amor de María no se pueden en manera alguna conciliar.

5.- No hay que dejar que las bestias se acerquen a él. Estas bestias son los pecados, que, con sólo su contacto, podrían matar el Árbol de la Vida.

6.- Hay que regar con frecuencia este árbol divino, frecuentando la oración y los sacramentos sin lo cual dejaría de dar fruto.

7. No hay que acongojarse si el viento le agita y sacude, porque es necesario que el viento de las tentaciones sople para derribarle, y que las nieblas y heladas le rodeen para perderle; es decir, que esta devoción a la Santísima Virgen, necesariamente ha de ser acometida y contradicha; pero con tal que se persevere en cultivarla nada hay que temer.

«El fruto del Árbol de la Vida es el amable y adorable Jesús. Si así cultivas tu Árbol de la Vida, plantado en ti por el Espíritu Santo, en poco tiempo crecerá tan alto, que las aves del cielo harán morada en él y vendrá a ser tan perfecto que dará a su tiempo el fruto de honor y de gracia, es decir, el amable Jesús, que siempre ha sido y siempre será el único fruto de María. Dichosa el alma en quien está plantado el Árbol de la Vida, María; más dichosa aquella en que ha podido crecer y florecer; dichosísima aquella en que da su fruto y lo conserva hasta la muerte, y por los siglos de los siglos. Amén.

15) CONSAGRACIÓN DE SÍ MISMO A JESUCRISTO, LA SABIDURÍA ENCARNADA, POR MEDIO DE MARIA

¡Oh Sabiduría eterna y encarnada! ¡Oh amable y adorable Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, Hijo único del Padre Eterno y de María, siempre Virgen! Os adoro profundamente en el seno y en los esplendores de vuestro Padre, durante la eternidad, y en el seno virginal de María, vuestra dignísima Madre, en el tiempo de vuestra Encarnación.

Os doy las gracias porque os habéis anonadado tomando la forma de un esclavo para sacarme de la cruel esclavitud del demonio. Os alabo y glorifico porque os habéis sometido a María, vuestra Santa Madre, en todo, a fin de hacerme por Ella vuestro fiel esclavo. Pero ¡ay! Ingrato e infiel como soy, no he cumplido las promesas que tan solemnemente os hice en el Bautismo; no he guardado mis deberes, no he merecido ser llamado vuestro hijo, ni vuestro esclavo, y como no hay nada en mí que no merezca vuestra repulsa y vuestra cólera, no me atrevo a aproximarme por mí mismo a vuestra Santísima y Augusta Majestad.

Por eso he recurrido a la intercesión de vuestra Santísima Madre, que Vos me habéis dado como medianera para con Vos, y por este medio espero obtener de Vos la contrición y el perdón de mis pecados, la adquisición y la conservación de la Sabiduría.

Os saludo, pues, ¡OH María Inmaculada! Tabernáculo viviente de la Divinidad, en donde la Sabiduría eterna escondida quiere ser adorada por los Ángeles y los hombres. Os saludo, ¡OH Reina del cielo y de la tierra!, a cuyo imperio está todo sometido, todo lo que está debajo de Dios. Os saludo, ¡OH refugio seguro de los pecadores! cuya misericordia no falta a nadie; escuchad los deseos que tengo de la divina Sabiduría, y recibid para ello los votos y las ofertas que mi baja os presenta.

Yo, N. (aquí se dice o escribe el propio nombre), pecador infiel, renuevo y ratifico en vuestras manos los votos de mi bautismo. Renuncio para siempre a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y me entrego enteramente a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, para llevar mi cruz tras Él todos los días de mi vida. Y a fin de que le sea más fiel de lo que he sido hasta ahora, os escojo hoy, ¡OH María!, en presencia de toda la corte celestial, por mi Madre y mi Señora. Os entrego y consagro en calidad de esclavo mi cuerpo y mi alma, mis bienes interiores y exteriores, y aun el valor de mis buenas acciones pasadas, presentes y futuras, otorgándoos un entero y pleno derecho de disponer de mí y de todo lo que me pertenece, sin excepción, a vuestro agrado, a la mayor gloria de Dios, en el tiempo y en la eternidad.

Recibid, ¡OH Virgen benignísima!, esta pequeña ofrenda de mi esclavitud en honor y unión de la sumisión que la Sabiduría encarnada quiso observar para con vuestra Maternidad; en homenaje del poder que ambos tenéis sobre este pequeño gusano y miserable pecador; y en acción de gracias por los privilegios con que os dotó la Santísima Trinidad. Manifiesto que para en adelante quiero, como verdadero esclavo vuestro, procurar vuestra honra y obedeceros en todo.

¡OH Madre admirable!, presentadme a vuestro querido Hijo en calidad de eterno esclavo, a fin de que como me rescató por Vos, me reciba de vuestras manos. ¡OH Madre de Misericordia!, hacedme la gracia de alcanzarme la verdadera sabiduría de Dios y de colocarme a este efecto en el número de los que amáis, enseñáis, guiáis, alimentáis y protegéis como hijos y esclavos vuestros.

¡OH Virgen fiel!, hacedme en todo tan perfecto discípulo, imitador y esclavo de la Sabiduría encarnada, Jesucristo, vuestro Hijo, que por vuestra intercesión y a ejemplo vuestro, llegue, a imitación vuestra, a la plenitud de la perfección sobre la tierra y de la gloria en los cielos. Así sea. El que pueda entender, que entienda (Mt 19, 12).

¿Quién es el sabio que entiende estas cosas? (Salmo 106, 43).

«El acto de consagración en la situación de esclavitud indica una dependencia singular y una confianza sin límites. En este sentido, la esclavitud, la no libertad, expresa la plenitud de la libertad, de la misma manera que el Evangelio habla de la necesidad de perder la vida para encontrarla en su plenitud.» (Juan Pablo II, Czestochowa, 4-VI-1980).